

El miembro no humano de la familia: las mascotas a través del ciclo vital familiar

*The non-human member of the family: Pets through the family
life cycle*

MARCOS DÍAZ VIDELA

Licenciado en Psicología, miembro del Laboratorio de Investigación de Ciencias del
Comportamiento de la Escuela Sistemática Argentina, Buenos Aires

antrozooologia@gmail.com

RESUMEN

El reconocimiento de las mascotas como miembros de la familia posibilita una nueva dimensión en el estudio de esta. La incorporación de un animal a la familia supone tanto una adecuación del animal a las reglas preexistentes como una reestructuración del antiguo sistema familiar para permitir la incorporación. En este proceso, el animal de compañía desempeña un rol activo. Las demandas funcionales que organizan el modo en que los miembros de la familia interactúan también incluyen a las mascotas, las cuales pueden desempeñar importantes roles en la configuración familiar. Estos roles evolucionan para adaptarse a los cambios y necesidades de la familia, a medida que esta avanza a través del ciclo vital. Aunque las funciones desempeñadas por los animales de compañía pueden superponerse a las desempeñadas por los miembros humanos de la familia, también se les reconocen a las mascotas funciones específicas y distintivas, cuya consideración puede enriquecer el trabajo con familias.

Palabras clave: animal de compañía, ciclo vital familiar, familia, interacción humano-animal, mascota.

RECIBIDO: 27 DE SEPTIEMBRE DEL 2014. APROBADO: 23 DE FEBRERO DEL 2015

— Cómo citar este artículo: Díaz Videla, M. (2015). El miembro no humano de la familia: las mascotas a través del ciclo vital familiar. *Revista Ciencia Animal*, (9), 83-98.

ABSTRACT

The recognition of pets as family members opens a new dimension in the study of the family. The incorporation of an animal to the family is both an adaptation of the animal to existing rules and a restructuring of the old family system to allow this incorporation. In this process, the animal of company plays an active role. The functional demands that organize the way in which family members interact also include pets, which may play important roles in the family formation. These roles evolve to adapt to the changes and needs of the family as this proceeds through the life cycle. Although the roles played by animals of company may overlap those performed by the human members of the family, pets are also recognized to have specific and distinctive features, the consideration of which can enrich the work with families.

Keywords: Animal of company, family life cycle, family, human-animal interaction, pet.

Una nueva dimensión en el estudio de la familia

En las últimas décadas emergió una nueva dimensión del estudio de las familias, en cuanto un viejo miembro fue recientemente reconocido. El miembro es la mascota familiar y la dimensión es la relación humano-animal de compañía (Schvaneveldt, Young, Schvaneveldt y Kivett, 2001). Los terapeutas familiares han sido de los primeros en reconocer el rol significativo de las mascotas como miembros de las familias, con el propósito de conceptualizar la familia como un todo (Cain, 1985); sin embargo, en la formación y en la práctica de la terapia familiar se ha prestado escasa atención a los vínculos entre humanos y animales (Walsh, 2009b).

Un concepto que ha recibido gran consideración por los terapeutas de familia es

el de ciclo vital familiar, que constituye un instrumento gráfico que amplía el genograma, incluyendo etapas de la vida familiar y las relaciones entre los miembros de la familia y entre la familia y su contexto (Simon, Stierlin y Wynne, 1988). La dinámica familiar puede entenderse como un intento de dar respuesta a las demandas propias de cada etapa, en torno a las cuales los miembros de la familia asumen diferentes roles (Gimeno Collado, 1999), los que se configuran a partir de comportamientos que son asumidos por las demandas de los otros (Merton, 1957).

La relevancia de entender el rol de las mascotas en los distintos estadios del ciclo familiar está dada en principio por el significado simbólico que la gente enlaza a estos animales (Schvaneveldt *et al.*, 2001), los cuales resultan cada vez más importantes en la vida familiar (Walsh, 2009b).

El sistema familiar más que humano

La familia puede ser entendida como un complejo de elementos interactuantes. Interacción implica que elementos (p) están en relación (R), de modo que el comportamiento de un elemento p en R difiere de su comportamiento en otra relación (R'); si los comportamientos en R y R' no difieren, no hay interacción (Bertalanffy, 1989). Es decir, que desde este enfoque sistémico, la familia puede definirse como un sistema relacional que supera y articula entre sí los componentes individuales. La familia resulta un sistema reglado en el que cada parte tiene su importancia en el funcionamiento. Las funciones que desempeña cada una producen un acople estructural del que deviene la funcionalidad del sistema (Ceberio, 2006).

El sistema emocional familiar a veces “puede incluir sólo a un pequeño grupo de los más implicados miembros de la familia. En otras ocasiones la fusión activa puede incluir miembros de la familia extensa e inclusive no familiares y mascotas” (Bowen, 1978 [1993], p. 123). En la mayoría de las culturas modernas las mascotas se han convertido en una característica siempre presente en la vida familiar (Serpell y Paul, 2011). La mascota o animal de compañía se define como aquel que se encuentra bajo control humano, vinculado a un hogar, compar-

tiendo intimidad y proximidad con sus cuidadores, y recibiendo un trato especial de cariño, cuidados y atención que garantizan su estado de salud (Bovisio, Fracueli *et al.*, 2004; Savishinsky, 1985).

La mayor parte de las personas consideran a sus animales de compañía como miembros de sus familias (Albert y Bulcroft, 1988; Cain, 1985; Faver y Cabazos, 2008). El estatuto de familia de los animales de compañía es confirmado por la clase de cosas que la gente hace con sus animales de compañía (Serpell y Paul, 2011). Por ejemplo, en la Ciudad de Buenos Aires se encontró que entre las actividades cotidianas que 407 dueños compartían con sus animales de compañía: 99% les hablaba, 98% jugaba con ellos, 60,4% les hacía regalos, 89,9% los fotografiaba y 53,1% les permitía dormir en su cama (Bovisio, Fracueli *et al.*, 2004).

La incorporación de un nuevo miembro a la familia implica que debe adaptarse a las reglas, así como el antiguo sistema debe modificarse para incluir al nuevo miembro (Minuchin, 1977). En este sentido, Power (2008) investigó el modo en que los perros logran incorporarse a las familias humanas, y planteó la noción de una familia humano-perro, o familia más que humana. Esta se sostiene en una doble tendencia: a) de adecuación de los perros hacia las expectativas humanas de comportamientos apropiados para

la familia y el hogar; y b) de la familia ampliada por los esfuerzos de los participantes para incluir a los perros como perros en las rutinas y prácticas diarias, sumado al carácter único y la agencia de los perros como organizadores activos de la forma de la familia en el día a día. Es decir, la incorporación de estas mascotas implicaba tanto que estas debían adaptarse como que el antiguo sistema se veía modificado.

Las personas no solo permiten a estos animales no humanos residir en sus hogares y se refieren a ellos como miembros de su familia, sino que además buscan activamente mantener esta relación y realizan considerables esfuerzos emocionales y financieros para mantenerla (Serpell, 1996). La química que enlaza a la gente con sus mascotas crea un apego emocional que ayuda a explicar por qué las mascotas significan tanto para tanta gente, y da legalidad al modo en que han llegado a ser consideradas como miembros de la familia (Sable, 2013).

El rol de las mascotas a través del ciclo vital familiar

Minuchin (1977) define la estructura familiar como el conjunto invisible de demandas funcionales que organizan las formas en que interactúan sus miembros. Así, la familia es conceptualizada como un sistema que opera a través de pautas transaccionales que regulan la conducta

de sus miembros. La repetición de las transacciones establecería pautas acerca de cómo, cuándo y con quién relacionarse. La estructura familiar resulta entonces un concepto clave para entender los roles que las mascotas desempeñan en las familias (Albert y Bulcroft, 1988).

La teoría de los roles (Merton, 1957) explica que los individuos asumen comportamientos particulares basados en las expectativas de otros. En el caso de las mascotas, sus propietarios les asignarían un conjunto de roles específicos y desarrollarían expectativas para que estas lleven a cabo ciertos comportamientos basados en el rol esperado (Turner, 2005). En tanto la familia muestra un desarrollo desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen una reestructuración para poder seguir funcionando (Minuchin, 1977), el rol de las mascotas cambia y evoluciona para adaptarse a los cambios de la familia y sus necesidades (Turner, 2005). El ciclo de vida familiar ha sido subdividido por diferentes autores entre cuatro y veinticuatro etapas, y si bien no hay un acuerdo sobre la cantidad de etapas que deben reconocerse, estas etapas se han recomendado como un enfoque de las tipologías de la familia (Simon *et al.*, 1988).¹

1 Para este artículo se utilizará la clasificación de etapas realizada por Carter y McGoldrick (2005) y se dividirá la tercera etapa (i. e. "familia con hijos pequeños") de acuerdo con la clasificación de Duvall y Miller (1985) en función de la escolarización de los

Adulto joven solo

El animal puede llenar necesidades de compañía y tomar un rol con similitudes a un humano como compañero de cuarto o mejor amigo. Es alguien con quien los adultos jóvenes pueden pasar tiempo y alguien que los recibe en la puerta con amor incondicional. Así, puede ayudar a aliviar la soledad que los adultos jóvenes podrían estar experimentando, a la vez que puede convertirse en confidente con quien compartir ideas durante el proceso de toma de decisiones que signa una de las más importantes tareas de esta etapa (Turner, 2005). A su vez, las mascotas ejercen una función socializadora.

Desde sus inicios, la investigación humano-animal demostró que la gente tiende a ser percibida más positivamente cuando está acompañada por una mascota que cuando está sola (Serpell, 1996). Así, por ejemplo, Robins, Sanders y Cahill (1991) reportaron que los perros exponían a las personas a encuentros con extraños en lugares públicos y facilitaban el establecimiento de confianza entre ellos. Más recientemente, Guéguen y Ciccotti (2008) encontraron que un experimentador acompañado de su perro resultaba más exitoso para recibir ayuda

y dinero de la gente, así como para obtener el número de teléfono de mujeres jóvenes. La tenencia de mascotas puede ser pensada así como una potencial forma de advertir a otras personas que uno es capaz de cuidar y hacerse cargo de alguien dependiente, elevando así su estatus social y quizás aumentando sus posibilidades de ser elegido como pareja (Serpell y Paul, 2011).

Pareja de recién casados sin hijos

Los adultos jóvenes frecuentemente eligen criar mascotas antes que tener hijos o en lugar de ellos, desarrollando así capacidades para ofrecer cuidados nutricios y afecto, poner límites y ocuparse de otro ser vivo (Walsh, 2009b). El apego a las mascotas durante este momento es particularmente alto (Albert y Bulcroft, 1988), lo cual muy probablemente se deba al rol que los animales están asumiendo durante este estadio. La mascota en esta situación asume el rol de hijo. Muchos dueños de mascotas se refieren a estas como sus hijos. Las mujeres tienen aún mayor tendencia a esto, por cuanto son más propensas a desarrollar un rol maternal con sus mascotas (Turner, 2005). Los animales proveen a sus propietarios la sensación de ser necesitados, de modo similar a como los niños necesitan a sus padres, y esto contribuye a que las mascotas adopten el rol de hijo (Sable, 1995).

niños (i. e. "familia con hijos preescolares" y "familia con hijos en edad escolar"), esto a partir de los datos sobre diferencias en adquisición de mascotas como en relación con el apego.

Las mascotas ejercen también una función de apoyo emocional hacia los miembros de la pareja. Un estudio encontró la presencia de una mascota más efectiva que la de un cónyuge para disminuir los efectos cardiovasculares del estrés (Allen, Blascovich y Mendes, 2002).

Familia con hijos pequeños

Las mascotas ya no son necesarias como sustitutos de hijos y los padres cuentan con menos tiempo para pasar con sus mascotas en función de las demandas de los niños pequeños. Debido a estos cambios en la estructura familiar, durante este periodo el apego de los adultos a sus mascotas disminuye (Albert y Bulcroft, 1988). Una de las tareas más importantes del estadio implica realizar ajustes para hacer lugar para los niños (Carter y McGoldrick, 2005). Los hogares con niños han sido identificados como los de mayor riesgo de abandono de la mascota familiar, comparados con aquellos hogares donde no hay niños (Kidd, Kidd y George, 1992).

Este periodo tiene menor rango de adquisición de mascotas que el periodo con niños en edad escolar, y el bajo rango de tenencia de animales entre familias con niños pequeños podría deberse a una incompatibilidad entre la tenencia de mascotas con las necesidades familiares en esta etapa del ciclo vital familiar. El apego bajo en los adultos se extendería

a lo largo de los estadios intermedios de la familia, hasta la etapa en que los hijos comienzan a abandonar el hogar (Albert y Bulcroft, 1988). A medida que los niños humanos crecen, las mascotas podrían volver a tomar la forma de niños (Shir-Vertesh, 2012).

Sin embargo, aunque el apego de los adultos es menor y los roles del animal cambian, la importancia de las mascotas en las familias no disminuye. Los niños comienzan a formar relaciones con los animales de compañía. Estos pueden ser muy importantes en la vida de los niños, porque las mascotas comúnmente asumen un rol de par para estos (Turner, 2005), y los niños de familias monoparentales tienden a desarrollar relaciones más cercanas con sus mascotas, en comparación con niños de familias biparentales (Brodsworth y Coleman, 2001).

Familia con hijos en edad escolar

Este es el periodo de mayor adquisición de mascotas, y es posible que ello se deba al punto de vista ampliamente distribuido de que las mascotas son importantes en la vida de los niños (Albert y Bulcroft, 1988). Para los niños en edad escolar las mascotas no solo los proveen de afecto, sino que además facilitan aprendizajes relacionados con biología, así como también con la adquisición de responsabilidades (Schvaneveldt *et al.*,

2001). La mascota puede convertirse en el hermano menor al cual el niño cuida (Turner, 2005). Se ha encontrado una asociación significativa entre el vínculo establecido por los niños con sus animales y sus puntajes en escalas de competencia social y empatía (Poresky y Hendrix, 1990). El nexa establecido por estos niños con sus animales de compañía se relacionó también con el desarrollo de su identidad: la disposición de un adulto a tener una mascota y el tipo de mascota están fuertemente asociados con su historia en relación con la tenencia de mascotas durante su edad escolar (Schvaneveldt *et al.*, 2001). Los adultos jóvenes universitarios que habían tenido mascotas durante su infancia mostraron en una investigación que eran más empáticos, tenían mayor propensión a elegir carreras ligadas a la ayuda y estaban más orientados hacia valores sociales que aquellos que no habían tenido mascota durante su infancia (Vizek-Vidovic, Arambasic, Kerestes, Kuterovac-Jagodic y Vlahovic-Stetic, 2001).

Entre las motivaciones para la tenencia de mascotas en estas familias se destacan el contacto, la comunicación y la compañía (Schvaneveldt *et al.*, 2001). La sola presencia de un animal amigable evidenció tener efectos en la presión sanguínea y la frecuencia cardiaca de niños mientras descansaban, así como se asoció a una menor respuesta cardiovascular al realizar una tarea estresante de lectura

(Friedmann, Katcher, Thomas, Lynch y Messent, 1983).

La pérdida de un animal de compañía puede ser un evento traumático para los niños. Sin embargo, el trato apropiado de la temática ligada a la muerte por parte de los padres y profesionales puede resultar en una experiencia de aprendizaje (Turner, 2005). La tenencia de mascotas puede preparar a los niños para experiencias posteriores de la vida, desde el embarazo, el nacimiento y la crianza de los hijos, enfermedades y muerte de un ser querido (Cain, 1985; Walsh, 2009b).

Familia con hijos adolescentes

La amistad es la función central de la interacción de la mascota con los adolescentes. La importancia de las mascotas se manifiesta en términos de diversión, compañía, promoción de redes sociales y manifestación afectiva (Schvaneveldt *et al.*, 2001). Generalmente, los adolescentes indican recibir de esta relación amistad/amor/diversión, conocimiento sobre los animales y aprendizaje sobre responsabilidades (Convert, Whiren, Keith y Nelson, 1985). A su vez, mientras los adolescentes intentan alejarse de sus padres pueden experimentar sentimientos de soledad y sentirse incomprendidos (Turner, 2005).

Las mascotas pueden brindar amor incondicional y continuidad en el tiempo

cuando los adolescentes necesitan amor y apoyo. Estos pueden hablar con sus mascotas y confiarles sus sentimientos con mayor facilidad que a otras personas (Schvaneveldt *et al.*, 2001). Así, la mascota familiar en esta etapa puede tomar un rol importante como confidente del adolescente mientras alivia sus sentimientos de soledad (Turner, 2005); por eso resulta frecuente que los adolescentes recurran a sus mascotas para reducir el estrés (Convert *et al.*, 1985). El amor incondicional que las mascotas brindan puede verse como una forma de aceptación que el adolescente puede necesitar intensamente en el momento de su desarrollo en el que experimenta incertidumbre acerca de su propia identidad (Turner, 2005). En el estudio con adolescentes de Convert *et al.* (1985) quienes tenían mascotas mostraron mayor autoestima; especialmente quienes tenían perros. También el 59,5% indicó haberse visto muy afectado por la incorporación o la pérdida de una mascota.

Las familias deben incrementar la flexibilidad de sus límites para permitir la independencia de los hijos (Carter y McGoldrick, 2005), y mientras los adolescentes buscan más autonomía también reciben más responsabilidades, por lo que se les asignan más tareas en el hogar; una tarea común para los adolescentes es ocuparse de la mascota de la familia (Turner, 2005).

Una tarea vital del estadio se encuentra en relación con los abuelos. La generación más vieja evidencia sus debilidades, lo cual demanda un cambio hacia el cuidado de estos (Carter y McGoldrick, 2005). Al enfrentar el deterioro de los padres, y eventualmente su muerte, los adultos pueden encontrar reconfortante el acercamiento hacia sus animales de compañía para disminuir el estrés al que están sometidos y recibir apoyo para elaborar las pérdidas (Cain, 1985; Sable, 2013). Las mascotas tienden a reducir el sentimiento de soledad, a la vez que promueven sentimientos de bienestar y autoestima de estos adultos, quienes califican e interactúan con sus mascotas como amigos y como completos miembros de la familia (Schvaneveldt *et al.*, 2001).

Despegue de los hijos y seguir adelante

Durante este estadio es necesario el desarrollo de una relación de adulto a adulto entre los hijos crecidos y sus padres (Carter y McGoldrick, 2005). Para las mujeres con dificultades a ajustarse a la pérdida del rol de cuidadoras, los animales proveen una oportunidad de ocuparse y cuidar a alguien más, haciéndolas sentir necesitadas y dándoles un sentido de propósito (Turner, 2005).

Para muchos padres cuyos hijos se están yendo de la casa volcarse a la mascota o adquirir una nueva para llenar un va-

ción es una reacción predecible (Walsh, 2009b). El apego a las mascotas durante este periodo es particularmente alto, posiblemente porque estas pueden funcionar como sustitutos de los miembros de la familia que han dejado el hogar (Albert y Bulcroft, 1988). Esta etapa implica una renegociación del sistema marital como una díada (Carter y McGoldrick, 2005) y el animal de compañía puede ser parte de la configuración de triangulaciones para lidiar con estados emocionales intensos (Cain, 1985).

Familia en la vida posterior

En este estadio los adultos mayores deben mantenerse en funcionamiento y mantener sus intereses mientras enfrentan un declinar fisiológico: explorando nuevas opciones de rol familiar y social (Carter y McGoldrick, 2005). Se ha planteado que los animales de compañía afectivos constituyen una distracción y un vehículo de expresión de afecto principalmente para los ancianos (Hugues Hernandorena *et al.*, 2013), resultando especialmente importantes para el bienestar en esta etapa de la vida (Walsh, 2009a).

Para los adultos mayores los animales de compañía funcionan como compañeros que reducen la depresión, la soledad y el aislamiento, y aportan beneficios a su salud física (Turner, 2005). En la investigación realizada por Hugues Her-

mandorena *et al.* (2013), los participantes refirieron que sus animales los motivaban a cuidarse más, a realizar actividad física y que mejoraban su calidad de vida. De este modo, no resulta sorprendente que otro estudio asociara la tenencia de mascotas con una menor cantidad de consultas médicas en personas mayores (Siegel, 1990). La tenencia de mascotas se relacionó también con una menor presión sanguínea en adultos mayores hipertensos al realizar una tarea estresante (Friedmann, Thomas, Cook, Tsai y Picot, 2007), así como a niveles más bajos de colesterol y triglicéridos (Anderson, Reid y Jennings, 1992).

La interacción de los adultos mayores con sus mascotas promueve en ellos sentimientos de satisfacción con la vida, reduciendo la desesperanza, sirviendo como pilares emocionales y sociales. A su vez, los ayuda a hacer frente a sentimientos de despersonalización en el mundo moderno, orientado a los medios de comunicación, y reduce el aislamiento y la soledad (Schvaneveldt *et al.*, 2001).

Si no hay animales de compañía en el hogar durante este estadio, las familias pueden mostrarse renuentes a traer una nueva mascota, a pesar de que diversas investigaciones destacan los beneficios a la salud para personas mayores que tienen mascotas. Estas últimas pueden estar preocupadas por quién cuidaría a sus mascotas en caso de que ellas enfer-

men o mueran. También pueden estar evitando el displacer ligado a la pérdida de la mascota, luego de haber experimentado diversas pérdidas para ese momento de la vida (Turner, 2005). Sin embargo, las relaciones con los animales de compañía son más pronunciadas en adultos mayores viudos, divorciados, que tienen problemas de salud o que viven en situaciones de aislamiento (Schvaneveldt *et al.*, 2001).

Desde un marco terapéutico e institucional, la sola presencia de un perro se relacionó con un incremento de la socialización entre hombres mayores residentes de un geriátrico (Fick, 1993); así como también se evidenció una disminución en los comportamientos de agitación en personas institucionalizadas con diagnóstico de Alzheimer (Churchill, Safaoui, McCabe y Baun, 1999; Fritz, Farver, Kass y Hart, 1995).

Las mascotas en las dinámicas relacionales de la familia y su entorno

La incorporación de una nueva mascota en el hogar probablemente modifique la dinámica relacional entre todos los implicados en este (Cavanaugh, Leonard y Scammon, 2008). Aunque los efectos de la tenencia de mascotas han sido destacados en un plano individual, más que en un plano familiar (Convert *et al.*, 1985), algunos autores han considerado

variables sistémicas en el estudio de las interacciones de los animales de compañía y sus familias; un concepto que ha sido desarrollado en este sentido es el de 'triángulo'. Bowen define el triángulo, en tanto configuración de tres personas, como "el sistema relacional estable más pequeño. Un sistema de dos personas puede ser estable mientras esté calmo, pero cuando la ansiedad se incrementa, inmediatamente involucra a otra persona vulnerable para crear el triángulo" (Bowen, 1976, p. 76).

Para Cain (1985) los triángulos son una manera patrón para lidiar con estados emocionales intensos, y se conforman por tres personas, o por dos personas y una cuestión, o bien una mascota. En su investigación el 44 % de los participantes indicó que su mascota a veces quedaba implicada en triangulaciones, mientras que el 8 % indicó que siempre lo hacía. Los ejemplos implicaban: 1) situaciones donde las mascotas intentaban detener peleas buscando atraer la atención de las parejas, 2) situaciones donde las mascotas desviaban la crisis a partir de comportamientos que permitían liberar la tensión, 3) situaciones donde un miembro de la familia le gritaba o expresaba su enojo o tensión con el animal, en vez de con otro miembro de la familia, 4) situaciones donde las mascotas hacían algo 'tierno' y las personas olvidaban que estaban enojadas, 5) situaciones donde las mascotas se acercaban durante

momentos de tensión y buscaban ser acariciadas, actuando como liberadores de frustración y ayudando a enfriar discusiones, y 6) situaciones donde al percibir que algo no estaba yendo bien las mascotas hacían algo tonto, provocando risa en los miembros de la familia, ayudando de este modo a las personas a recuperar la sensación de equilibrio y controlar así sus sentimientos.

Los animales de compañía están finamente sintonizados con el clima emocional de la familia y son muy sensibles a los estados emocionales intensos de sus miembros. De un modo similar a como sucede con los niños, muchas veces las mascotas quedan trianguladas en tensiones relacionales, y esto sucede con mayor frecuencia cuando se trata de conflictos entre cónyuges. A través de las mascotas pueden expresarse sentimientos de celos, rabia, control, culpa y temor; a la vez que las mascotas también pueden mostrar celos cuando las parejas o miembros de la familia se abrazan o besan (Walsh, 2009b).

Si bien los animales de compañía ayudan a las familias a superar crisis o periodos de transición, al disminuir el estrés (Allen, 1995; Cain, 1985; Sable, 2013), durante el divorcio algunas parejas pelean por la custodia y visitas a las mascotas, lo cual da lugar a diversos triángulos que reflejan los patrones de interacción de la familia. Las mascotas también pueden quedar

enredadas en la compleja reorganización relacional asociada a la formación de familias ensambladas (Walsh, 2009b).²

Otra área que ha recibido atención es la pérdida del animal de compañía. La muerte de la mascota puede ocurrir en cualquier estadio del ciclo vital y las necesidades de la familia pueden ser muy diferentes, dependiendo del rol que el animal desempeñaba en la familia (Turner, 2005). Frente a la muerte del animal de compañía sus propietarios pueden manifestar gran estrés y desconcierto, en tanto en su necesidad de expresar el duelo no reciba suficiente apoyo de su red social (Schvaneveldt *et al.*, 2001). Además el duelo por la pérdida de la mascota puede agravarse por otras pérdidas, dando lugar a un efecto acumulativo. A su vez, cuando el animal de compañía ha ayudado durante periodos complejos —como enfermedades, divorcios o mudanzas— perderla puede reactivar las pérdidas pasadas. De un modo similar, cuando la mascota ha tenido una función crucial en las dinámicas de una pareja o familia, su

2 Se han descrito casos en los cuales las mascotas presentaban alteraciones emocionales y conductuales que eran interpretadas como resonancias de una crisis o estrés prolongado en el sistema familiar, como problemas financieros, enfermedad o muerte de un ser querido. Sin embargo, esto no habilita a suponer que todo problema que involucra a una mascota indica necesariamente disfunción de pareja o familia, o que los síntomas del animal de compañía cumplen una función en el sistema familiar (Walsh, 2009b).

pérdida puede desestabilizar el sistema relacional (Walsh, 2009b).

Carter y McGoldrick (2005) destacaron que por generaciones las mujeres fueron las encargadas de realizar el trabajo no remunerado de mantener a sus familias conectadas con la comunidad, y que al haberse unido al mercado laboral, en muchos casos por necesidad económica, esta función habría quedado vacante. Las mascotas podrían estar cumpliendo en parte este rol, por cuanto su tenencia ha sido asociada positivamente con interacciones sociales, intercambios de favores, compromiso cívico, percepciones amistosas del vecindario y sentido de comunidad (Wodd, Giles-Corti, Bulsara y Bosch, 2007). Más particularmente, los perros han sido considerados facilitadores para la creación de redes sociales, permitiendo a extraños establecer conversaciones, compartir actividades ligadas a los paseos del animal y, quizá, hacer amigos (Charles y Davies, 2008).

Discusión

Albert y Bulcroft (1988) encontraron un elevado nivel de apego hacia el animal de compañía en divorciados, personas que viven solas, viudos, parejas sin hijos, recién casados y nido vacío. Los autores concluyeron que las mascotas pueden resultar sustitutos emocionales para miembros como hijos y esposos. Si bien las mascotas pueden a veces susti-

tuir la ausencia de un apego humano, generalmente expanden las relaciones y contactos sociales; mientras a su vez disminuyen el estrés durante los periodos de transición complejos, como divorcios o duelo (Sable, 2013). De hecho, existe abundante evidencia científica que asocia la tenencia de mascotas a beneficios físicos, sociales y psicológicos en las personas vinculadas a estas (Wells, 2009).

Las mascotas parecen ocupar un lugar con superposiciones aunque diferente de los humanos en la familia, pudiendo satisfacer algunas necesidades que los vínculos humanos satisfacen, pero también ofreciendo beneficios, a través de su consistencia y presencia sin juicios que los humanos no pueden proveer (Cohen, 2002). Las mascotas frecuentemente son consideradas como miembros ideales de las familias y se cree que tienen pocas debilidades y demandas hacia los actores humanos. Así, la tenencia de mascotas puede ser considerada como altamente rentable y con costos interactivos y emocionales relativamente bajos (Schvaneveldt *et al.*, 2001).

Aun las personas que piensan en sus perros como sus hijos saben que esto no es literalmente así; en parte, están identificando a sus mascotas como miembros de su familia por el modo en que estas se comportan en el hogar (Cohen, 2002). Definiciones como la de familia más que humana desafían las descripciones más

clásicas de perros como sustitutos de niños; las descripciones de las personas de mascotas como niños se basarían en el cuidado más que en esfuerzos por confinar a los animales a roles específicos similares a los de los niños (Power, 2008). Además, si bien las mascotas se deben adaptar a una historia familiar que funciona previamente, estas también se forjan su rol en la familia (Schvaneveldt *et al.*, 2001).

En la investigación de Power (2008), la noción de familia con la que los participantes humanos y sus animales de compañía se relacionaban describía una relación cercana, construida a través de la cohabitación del hogar familiar, sostenida por reglas y rutinas que tanto las personas como sus perros delineaban. Así, la pertenencia a la familia no es definitivamente dependiente del estado humano, o de similitud con las personas, sino que más bien se forja a través de interacciones cercanas, cohabitación y compromiso con el otro.

Conclusiones

Para poder comprender la familia en su totalidad, como un sistema de partes interactuantes, que articula y supera a sus componentes, debemos considerar en nuestras evaluaciones el lugar que todos sus integrantes ocupan —considerando la inclusión de los animales de compañía— su participación en el establecimiento

reglas y prácticas de la vida familiar, y sus funciones; estas serán parte del acople estructural del que devendrá la funcionalidad —y quizá también la disfuncionalidad— del sistema familiar.

Incorporar a las mascotas en nuestras evaluaciones e intervenciones sistémicas puede permitirnos considerar nuevos recursos y posibilidades que enriquezcan nuestro trabajo con las familias. Así también, considerar a los integrantes no humanos en el estudio del sistema familiar puede permitirnos una conceptualización más compleja de la totalidad del sistema.

Referencias

- Albert, A. y Bulcroft, K. (1988). Pets, families, and the life course. *Journal of Marriage & Family*, 50 (2), 543-552.
- Allen, K. (1995). Coping with life changes and transitions: The role of pets. *Interactions*, 13 (3), 5-8.
- Allen, K., Blascovich, J. y Mendes, W. B. (2002). Cardiovascular reactivity and the presence of pets, friends, and spouses: the truth about cats and dogs. *Psychosomatic Medicine*, 64 (5), 727-739.
- Bertalanffy, L. von (1976). *Teoría general de los sistemas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bodsworth, W. y Coleman, G. J. (2001). Child-companion animal attachment bonds in single and two-parent families. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of*

- the Interactions of People & Animals*, 14 (4), 216-223.
- Bovisio, M., Fracueli, M. C., González, B. B., Lencinas, O. E., Mestres, N. A., Varela, A. S. y Marcos, E. R. (2004). *Características de la convivencia humano-animal en la Ciudad de Buenos Aires y su relación con la prevención de zoonosis* (trabajo original, Instituto de Zoonosis Luis Pasteur).
- Bowen, M. (1976). Theory in the practice of psychotherapy. *Family therapy: Theory and practice*, 4, 2-90.
- Bowen, M. (1993). *Family therapy in clinical practice*. s. l.: Jason Aronson.
- Cain, A. O. (1985). Pets as family members. *Marriage & Family Review*, 8 (3-4), 5-10.
- Carter, B. y McGoldrick, M. (2005). *The expanded family life cycle. Individual, family, and social perspectives*. Estados Unidos: Pearson Education Company.
- Cavanaugh, L. A., Leonard, H. A. y Scammon, D. L. (2008). A tail of two personalities: How canine companions shape relationships and well-being. *Journal of Business Research*, 61 (5), 469-479.
- Ceberio, M. R. (2006). *Viejas y nuevas familias: La transición hacia nuevas estructuras familiares*. Comunicación presentada en el 7º Congreso Virtual de Psiquiatría Interpsiquis.
- Charles, N. y Davies, C. A. (2008). My family and other animals: pets as kin. *Sociological Research Online*, 13 (5), 4.
- Churchill, M., Safaoui, J., McCabe, B. W. y Baun, M. M. (1999). Using a therapy dog to alleviate the agitation and desocialization of people with Alzheimer's disease. *Journal of Psychosocial Nursing and Mental Health Services*, 37 (4), 16-22.
- Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members? *Western Journal of Nursing Research*, 24 (6), 621-638.
- Covert, A. M., Whiren, A. P., Keith, J. y Nelson, C. (1985). Pets, early adolescents, and families. *Marriage & Family Review*, 8 (3-4), 95-108.
- Duvall, E. y Miller, E. (1985) *Marriage and Family Development* (6ª ed.). Nueva York: Harper & Row.
- Faver, C. A. y Cavazos, A. M. (2008). Love, safety, and companionship: the human-animal bond and Latino families. *Journal of Family Social Work*, 11 (3), 254-271.
- Fick, K. M. (1993). The influence of an animal on social interactions of nursing home residents in a group setting. *The American Journal of Occupational Therapy*, 47 (6), 529-534.
- Friedmann, E., Katcher, A. H., Thomas, S. A., Lynch, J. J. y Messent, P. R. (1983). Social interaction and blood pressure: Influence of animal companions. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 171 (8), 461-465.
- Friedmann, E., Thomas, S. A., Cook, L. K., Tsai, C. C. y Picot, S. J. (2007). A friendly dog as potential moderator of cardiovascular response to speech in older hypertensives. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of the Interactions of People & Animals*, 20 (1), 51-63.
- Fritz, C. L., Farver, T. B., Kass, P. H. y Hart, L. A. (1995). Association with companion animals and the expression of non-cog-

- nitive symptoms in Alzheimer's patients. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 183 (7), 459-463.
- Gimeno Collado, A. (1999). El ciclo de la vida familiar. En *La familia: el desafío de la diversidad* (Cap. 4). Barcelona: Ariel Psicología.
- Guéguen, N. y Ciccotti, S. (2008). Domestic dogs as facilitators in social interaction: An evaluation of helping and courtship behaviors. *Anthrozoos: A multidisciplinary Journal of the Interactions of People & Animals*, 21 (4), 339-349.
- Hugues Hernandorena, B., Álvarez, A., Ledón, L. Mendoza, M., Castelo, L. y Domínguez, E. (2013). Percepción de los beneficios de la tenencia de animales de compañía en pacientes con enfermedades cardiovasculares. *CorSalud*, 6 (1), 56-62.
- Kidd, A. H., Kidd, R. M. y George, C. C. (1992). Successful and unsuccessful pet adoptions. *Psychological Reports*, 70 (2), 547-561.
- Merton, R. K. (1957). The role-set: Problems in sociological theory. *British Journal of Sociology*, 58 (3), 106-120.
- Minuchin, S. (1977). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Ediciones Juan Granica.
- Poresky, R. H. y Hendrix, C. (1990). Differential effects of pet presence and pet bonding on young children. *Psychological Reports*, 67 (1), 51-54.
- Power, E. (2008). Furry families: making a human-dog family through home. *Social & Cultural Geography*, 9 (5), 535-555.
- Robins, D. M., Sanders, C. R. y Cahill, S. E. (1991). Dogs and their people. Pet-facilitated interaction in a public setting. *Journal of Contemporary Ethnography*, 20 (1), 3-25.
- Sable, P. (1995). Pets, attachment, and well-being across the life cycle. *Social Work*, 40 (3), 334-341.
- Sable, P. (2013). The pet connection: an attachment perspective. *Clinical Social Work Journal*, 41 (1), 93-99. doi: 10.1007/s10615-012-0405-2.
- Savishinsky, J. (1985). Pets and family relationships among nursing home residents. *Marriage & Family Review*, 8 (3-4), 109-134.
- Schvaneveldt, P. L., Young, M. H., Schvaneveldt, J. D. y Kivett, V. R. (2001). Interaction of people and pets in the family setting: A life course perspective. *Journal of Teaching in Marriage & Family*, 1 (2), 34-51.
- Serpell, J. A. (1996). *In the company of animals: A study of human-animal relationships*. Cambridge University Press.
- Serpell, J. A. y Paul, E. S. (1994). Pets and the development of positive attitudes to animals. En *Animals and human society: Changing perspectives* (pp. 127-144): Londres: Routledge.
- Serpell, J. A. y Paul, E. S. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En *The Oxford Handbook of Evolutionary Family Psychology*.
- Shir-Vertesh, D. (2012). "Flexible personhood": Loving animals as family mem-

- bers in Israel. *American Anthropologist*, 114 (3), 420-432.
- Siegel, J. M. (1990). Stressful life events and use of physician services among the elderly: the moderating role of pet ownership. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58 (6), 1081.
- Simon, F. B., Stierlin, H. y Wynne, L. C. (1988). *Vocabulario de terapia familiar*. Buenos Aires: Gedisa.
- Turner, W. G. (2005). The role of companion animals throughout the family life cycle. *Journal of Family Social Work*, 9 (4), 11-21. doi: 10.1300/J039v09n04-02.
- Vizek-Vidovic, V., Arambasic, L., Kerestes, G., Kuterovac-Jagodic, G. y Vlahovic-Stetic, V. (2001). Pet ownership in childhood and socio-emotional characteristics, work values and professional choices in early adulthood. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of the Interactions of People & Animals*, 14 (4), 224-231.
- Walsh, F. (2009a). Human-animal bonds I: The relational significance of companion animals. *Family Process*, 48 (4), 462-480.
- Walsh, F. (2009b). Human-animal bonds II: The role of pets in family systems and family therapy. *Family Process*, 48 (4), 481-499.
- Wells, D. L. (2009). The effects of animals on human health and well-being. *Journal of Social Issues*, 65 (3), 523-543.
- Wood, L. J., Giles-Corti, B., Bulsara, M. K. y Bosch, D. A. (2007). More than a furry companion: The ripple effect of companion animals on neighborhood interactions and sense of community. *Society and Animals*, 15 (1), 43.